

Para la civilización occidental siempre será necesario recordar que la polis fue un producto social extraordinario de un momento de experimentación política que tuvo como consecuencia gran influencia en las formas de gobierno que hemos adoptado desde ese entonces en nuestra cultura. El nuevo libro de Mariano Navas titulado *Del concepto de polis entre los antiguos griegos* nos trae nuevamente a la palestra un tema del que mucho se ha dicho y mucho se seguirá diciendo: la polis.

Desde los ya clásicos trabajos sobre la polis, como los de Fustel de Coulanges, *La cité antique*, 1864, G. Glotz, *La cité grecque. Le développement des institutions*, 1928, y pasando por V. Ehrenberg, *The Greek State*, 1969, los estudios sobre la polis han tenido un protagonismo que se puede palpar no solo entre los filólogos, sino también entre politólogos, arqueólogos, sociólogos, historiadores, etc. Recientemente “The Copenhagen Polis Centre”<sup>[1]</sup> ha producido una considerable cantidad de obras sobre el tema<sup>[2]</sup> y ha cundido los ánimos de releer el concepto de polis griega desde ella misma y, por supuesto, desde nuestra perspectiva. En esta misma línea habría que incluir el reciente libro de Nava que, a pesar de su brevedad, estudia la concepción de la polis a partir de las fuentes griegas, como ha sido tradicional, pero apoyándose en la moderna hermenéutica.

En el apartado titulado “Definición de la ciudad”, siguiendo a Wolff, F., en *Aristotele et la politique*<sup>[3]</sup>, Nava define la polis teniendo en cuenta tres elementos: 1) las relaciones que se establecen entre las personas que componen la polis, 2) la manera en que se organiza el espacio que la polis ocupa, 3) la percepción que de ella tienen sus iguales en el plano “internacional”. Así, nos conduce a recordar que la polis es, ante todo, una comunidad de personas, o como sostenía Tucídides: “La ciudad está hecha de hombres” (Tuc. VII 77, 7). Estas personas que han decidido hacer vida en común comparten un espacio físico en el cual comparten consciencia de su identidad al coincidir en *espacios cívicos* como el ágora y la acrópolis. Por su lado, el reconocimiento que otras *poleis* le otorgan como estado soberano viene a reafirmarle al conjunto de individuos que componen cada polis que su decisión de vivir juntos ha sido reconocida ante los demás, ante esos que no comparten su espacio ni sus relaciones inmediatas.

Un segundo punto fundamental en el libro lo constituye el apartado “El surgimiento de la polis”, en el cual Nava recalca la importancia de hablar del “surgimiento” y no del nacimiento de la polis con el objeto de percibir la entrada en escena de este fenómeno de manera gradual y no abrupta. Así, menciona gradualmente etapas que van desde los siglos x y ix hasta el siglo vi a.C., cuando finalmente se afianza la polis. Luego, el autor pasa a dar una descripción de los indicios literarios y arqueológicos que sustentan la tesis de una aparición gradual de la polis, entre los que destacan la organización del *oikos* y la utilización en común de las necrópolis.

Otro apartado resaltante del libro es “Los factores del surgimiento”, en él Nava sigue las tradicionales teorías de la expansión demográfica, de lo que denomina *la aventura colonial* y los factores religiosos y militares. En cuanto a la teoría de la expansión demográfica, considera que en efecto esta influyó en la medida en que obligó al hombre que vivía en una estructura social más reducida a buscar un espacio social más amplio en torno del cual se estrechase la relación de las aldeas para formar una unidad coherente, sin embargo descarta la atribución de factor único del surgimiento a la expansión demográfica, pues esta no fue uniforme en todo el territorio griego en que empezaron a surgir las *poleis*. En cuanto a *la aventura de las colonias* también descarta que esta sea el origen de la conformación de las *poleis*, pues cuando se iniciaron las colonizaciones ya existían *poleis* en Grecia y Asia Menor, aunque no deja de valorar el importante papel que estas colonizaciones jugarían en adelante cuando los colonos tuvieron que reflexionar sobre los modelos sociales que llevarían a otros lugares. Por su lado, la religión dio su aporte al surgimiento de la polis en la medida en que instituyó santuarios urbanos, periurbanos y extraurbanos que crearon un sentido de identidad cultural que reafirma la pertinencia a un espacio común. El Factor militar vendría igualmente a reforzar esa identidad en la medida en que incitaba al colectivo a luchar por el control de un espacio y, como sostiene el autor: “La influencia del factor militar será particularmente determinante en las instituciones cuando las innovaciones aportadas en las técnicas militares y en los métodos de combate lleven a una redistribución de los papeles desempeñados por las diferentes categorías sociales. Es lo que se ha llamado la *reforma hoplítica*” (p. 34).

También resalta el apartado “Consecuencias del surgimiento de la polis”, en el cual queda claro que la isonomía que alcanzó la polis no fue inmediata, ni mucho menos igual en todas las *poleis*, “lo que es nuevo en este surgimiento es una nueva manera de vivir en grupo”, de organizar el espacio en torno de una plaza pública y una acrópolis y no en derredor de una casa noble, de integrar una percepción económica y estratégica del territorio de la ciudad, de comulgar en una

misma pasión por una divinidad protectora de todos. Todo esto traería consigo inevitablemente una reacción de distanciamiento y hasta de rechazo para con todos aquellos que no participaban del grupo (campesinos independientes, esclavos, extranjeros).

Hacia el final, el libro toca de manera muy sucinta la interacción entre la polis y la familia y la polis y las asociaciones, haciendo ver que estas no sostienen relaciones antagónicas (pp. 37-41). Mientras que en el apartado “Polis y *ehnos*” (pp. 41-42) el autor cierra, reafirmando una lectura antibiologicista, al sostener que no hay que concebir la polis como una evolución del *ehnos*, ni al *ehnos* como “el simple testimonio residual de una evolución que debería llevar a la generalización de la polis” (p. 42), pues el hecho de que ambas formas hayan coexistido, demuestra que lo que primó fue la escogencia deliberada de una forma de vida. Por otro lado, el rechazo al biologicismo evolucionista nos permite valorar en su justa medida como lectores la antítesis que sostiene que todos los sistemas de organización previos que vivieron los griegos no fueron más que una preparación del escenario para la aparición de la polis, preconcepción de la que parecen empapadas muchas obras sobre el tema. Puede uno preguntarse entonces: ¿acaso lo que se vivió en el pasado anterior al surgimiento de la polis no fue un momento acabado en sí?, ¿acaso podríamos creer que los griegos anteriores a la polis solo vivían para preparar el escenario de la polis?

Víctor Daniel Albornoz (danielv@ula.ve)

Universidad de Los Andes

---

[1] Cf. <http://www.igl.ku.dk/POLIS/Welcome.html>

[2] Cf. el listado de publicaciones de este centro en: <http://www.igl.ku.dk/POLIS/publicat.html>, entre ellas resalta por ejemplo M. H. Hansen (ed.), *The Ancient Greek City-State*, Copenhagen, CPC, 1993; M. H. Hansen (ed.), *The Polis as an Urban Centre and as a Political Community*, Copenhagen, CPC, 1997; M. H. Hansen (ed.), *Polis and City-State. An Ancient Concept and its Modern Equivalent*, Copenhagen, CPC, 1998; M. H. Hansen y K. Raaflaub (eds.), *Studies in the Ancient Greek Polis*, *Historia* supl. 95, Wiesbaden, 1995; M. H. Hansen (eds.), *More Studies in the Ancient Greek Polis*, *Historia* supl. 108, Wiesbaden, 1996; M. H. Hansen (ed.), *A Comparative Study of Six City-State Cultures*, Copenhagen, CPC, 2002; M. H. Hansen y T.H. Nielsen (eds.), *An Inventory of Archaic and Classical Poleis*, Oxford, 2004.

[3] PUF, París, 1991.

